

Economía de vacas flacas

Armando Chacón Villar
El Universal

Jueves 26 de febrero de 2009

Según la leyenda bíblica, un faraón soñó que junto al río Nilo siete vacas feas y flacas se comían a siete vacas sanas y robustas, sin que después del atracón se les notara siquiera a las flacas que se habían comido a las gordas. La metáfora deja claro cómo desde la antigüedad los gobiernos y las personas han estado atentos a los vaivenes de la economía para ajustar su conducta, tanto en momentos de bonanza como de austeridad.

El que las vacas flacas no engorden después de comerse a las gordas se parece mucho a la situación actual de muchos países donde los enormes estímulos y paquetes no parecen ayudar a mejorar la situación.

El llamado a la prudencia en el pasaje me parece que es atemporal y universal, y no tiene nada que ver con catastrofismo, pesimismo, preferencias políticas o religiosas. Mientras que no queda muy claro qué tanto funcionan o no los estímulos y rescates, sí queda muy claro su costo para los contribuyentes. Cualquier ahorro que pueda lograr el gobierno a través de mayor eficiencia o menor gasto superfluo contribuye a contrarrestar la escasez de recursos.

La administración de Obama parece entenderlo claramente. En su reciente informe, Obama presidente reconoce que muchas personas tienen razón en estar molestas por la inequidad inherente a los planes de ayuda que benefician a grandes empresas y bancos. El nuevo mandatario da muestras de prudencia y congruencia al entender que si de vacas flacas se va a tratar, el gobierno tiene que participar en la austeridad que se avecina para todos. Lejos de prometer que no va a haber dolor, promete entrarle parejo. Mientras vemos si lo logra o no, de entrada la idea suena bien.

Obama no se conforma con explicar que los rescates tienen el propósito de contener el impacto que tendría el fracaso de sectores clave sobre el resto de la economía. Una vez comprometidos los recursos destinados al plan de rescate, la nueva administración se ha abocado a detectar las zonas de acumulación de grasa en un presupuesto claramente obeso con el objetivo de reducir a la mitad el enorme déficit público de 1.3 miles de miles de millones de dólares anuales, herencia de sus antecesores.

Con ello, el ahorro anual para los contribuyentes sería de unos 650 mil millones de dólares. Para poner esta cifra en perspectiva, consideremos que equivale a más de 60% del PIB de México. Hasta la fecha la comisión encargada de quitar la grasa del presupuesto ha detectado ahorros de hasta 2 mil miles de millones de dólares en un periodo de 10 años (más de dos veces el PIB de México).

También aprovecha para hacer una limpieza de programas que no funcionan o son ineficientes, incluyendo algunos programas de educación, subsidios a grandes agronegocios y hasta la eliminación de armamentos y activos militares en desuso. En otros países, sugerir este tipo de medidas incluso sería motivo de linchamiento.

Ajustar el gasto a la realidad es un acto de responsabilidad que debiera estar presente de manera institucional y de cara al público con indicadores que muestren qué tan bien o mal se gasta el dinero. No existe ningún país del mundo que no tenga algunos kilitos de más que reflejan el confort que genera vivir del dinero de los contribuyentes.

En México, finalmente logramos reconocer que efectivamente hay una crisis global que nos afectará mucho aunque no haya sido nuestra culpa. Además de estímulos, programas de apoyo y otras grandes acciones, tenemos la oportunidad de aprovechar la crisis global para limpiar nuestra casa y lograr que el dinero de los contribuyentes rinda al máximo. Asimismo, debemos incorporar en las decisiones presupuestales la consecuencia que tendría abrir la brecha entre ingresos y gastos.

Por ejemplo, los mayores gastos que implica el financiamiento de estímulos y apoyos extraordinarios, aunado a los mayores presupuestos de seguridad pública y combate a la delincuencia, deben ser financiados, ya sea por mayores ingresos (impuestos y petróleo), menores gastos en algunas o incrementos en el déficit (financiarlo con deuda).

Por el lado de los ingresos, las perspectivas de menor actividad económica y menores ingresos petroleros agravan la situación en el corto plazo. Producimos cerca de mil millones de barriles al año. Por cada dólar que baja el precio perdemos mil millones de dólares. Si en 2010 los precios del crudo se estacionan cerca del nivel actual de 40 dólares, perdemos ingresos por 30 mil millones de dólares. Esta pérdida en ingresos equivaldría a 15% del gasto en 2009. Ese faltante hay que cubrirlo de alguna forma.

Aunque otros países pueden permitirse déficit mayores, en México las presiones inflacionarias (por arriba de 6%) limitan esta posibilidad.

Uno de los compromisos fundamentales dentro del paquete de la reforma fiscal al principio de la actual administración fue someter los programas y dependencias de gobierno a indicadores que permitieran mayor eficiencia en el gasto. La responsabilidad de ahorro corresponde a todos los órdenes de gobierno y a todos los órganos públicos.

Instituto Mexicano para la Competitividad

© Queda expresamente prohibida la republicación o redistribución, parcial o total, de todos los contenidos de
EL UNIVERSAL